
La nueva rebelión de los jóvenes

A medida que transcurre el tiempo, se avanza hacia una mejor adaptación, un mayor dominio del entorno, una complejidad más profunda... Lo que no impide las crisis, sino manifiesta un parámetro en el cual el futuro es superior al presente, como éste lo es en relación al pasado.

Por Jean RAES*

Introducción: Algunas hipótesis que definen el campo de investigación

0.1. Aceptamos la hipótesis de la mutación actualmente vivida en la sociedad industrial: debido a sus logros y a sus aporías, su sistema ya no puede abordar, ni *a fortiori* resolver los problemas fundamentales que ponen en tela de juicio su coherencia, y por ende su eficacia.

0.2. El paso a una sociedad postindustrial no está claramente definido: las innovaciones, especialmente las científicas y técnicas, los cambios de los modos de pensar, la anomia característica de los "establishments", los procesos de información y desinformación ocultan, más de lo que revelan, los límites y más aún el meollo del nuevo sistema que implantar. Las ideologías resultan ineficaces, las utopías infravaloradas e incluso obsoletas, se cuestionan las doctrinas, las referencias distan de ser evidentes y unánimes, las disfunciones alteran las decisiones, las cacofonías rompen las comunicaciones. Estamos en la era de la sospecha (recelo).

0.3. Tomaremos como testigo privilegiado a la juventud de los países industrializados: unos recientes estudios revelan unos rasgos estructurales de este nuevo grupo social que la sociedad industrial, ya sea en su forma capitalista o socialista, poco había previsto, acostumbrada a la tríada juventud-edad adulta-tercera edad. Este grupo "joven" incluye a todos aquellos que nacieron después del año 1962 y son, por tanto, entre nosotros al menos, los "hijos de la abundancia y de la TV". Vivieron

* Profesor de la Universidad de Namur.

el final de los "golden sixties" y las sucesivas crisis de nuestro régimen. El examen y el análisis de sus aspiraciones, que desde luego no se pueden interpretar en los términos de la juventud del año 1968 (la cual tiene en la actualidad más de cuarenta años!), ponen de manifiesto algunos indicadores de lo que podría ser la sociedad postindustrial e indican un posible sentido de la crisis presente. Aquí es donde se sitúa el análisis de los rechazos y de las propuestas que manifiesta la mutación actualmente vivida.

0.4. En un segundo tiempo —pero solamente en un segundo tiempo— el análisis debe ser interpretado e incluso juzgado. La referencia a una doctrina filosófica, teológica y/o espiritual, viene a ser explícita y resulta necesaria, si se quiere pasar a la acción "política". Desde luego este enfoque, que para nosotros es cristiano —es decir, que resulta de la experiencia espiritual fundamental de quienes reconocieron a Jesús como el Verbo de vida revelando a la vez quién es Dios y quién es el hombre—, está ya presente en el análisis llamado científico, en cuanto no pretende ser positivista: al ejercer concretamente la ciencia como esfuerzo de conocimiento experimental, operatorio y verificable, el científico comunica ya una visión global, filosófica y políticamente orientada, de la realidad que intenta conocer. Esta elección de sus hipótesis e incluso de sus métodos resulta condicionada; debe pues tomar conciencia de ello, reconocerlo y someterlo a discusión crítica.

I. "Nunca más esto"

1.1. Este grito es altamente simbólico: brota, como "voz del corazón", de las decenas de miles de estudiantes y alumnos de institutos de segunda enseñanza que se manifestaron en París en el mes de diciembre de 1986 en contra de la ley Devarquet y que, pese a salirse con la suya puntualmente, clamaron una especie de rechazo global de los excesos, de los abusos y, más allá, de la lógica de una política y de un sistema visiblemente veleidosos porque superados.

1.2. El rechazo aparece como global y en cierto modo total, sin concesiones ni matices. Sin embargo, sigue siendo confuso, vago y ambiguo: ¿qué significa el "esto" que se repudia enérgicamente ("nunca más")? ¿Es que no remite el símbolo —que expresa en forma sensible reconocible una realidad abstracta que sólo puede manifestarse en el signo y según un código de significados, aquel grito que no se puede registrar— a aquel concepto abstracto de "aspiración" cuya definición y *status* científico no quedan por otra parte rigurosamente establecidos y

La nueva rebelión de los jóvenes

aceptados en sociología? Sin embargo, los estudios a los cuales nos hemos referido hacen hincapié casi todos en esa característica fundamental del comportamiento y del discurso "juvenil": saben perfectamente lo que no quieren más: violencia, racismo, exclusión, superioridad y dominio del hombre sobre el hombre, explotación, pasividad de una vida robotizada, esclavitud consumerista, etc..., pero distan mucho de expresar un proyecto coherente articulado a partir de valores y objetivos racionalmente definidos. no se trata por tanto de "revolucionarios" (grupo minoritario que intenta, mediante una acción concertada, reemplazar a un sistema podrido e injusto por otro, más fraternal y deslumbrante) ni siquiera de "soñadores utopistas" ("bajo los adoquines, la playa"..., "se prohíbe prohibir"...).

Los adultos, educadores, responsables sociales, hombres políticos, de la comunicación, etc., creyeron quizá demasiado deprisa en el carácter bastante formal de la juventud actual: 1968, año que les había trastornado tanto, no había sido más que una vicisitud de la historia felizmente superada y reintegrada dentro del orden del sistema. Este no vacila en construir una publicidad —propaganda basada en las falsas evidencias de un neoliberalismo estancado— para proponer a los jóvenes la imagen del "vencedor", del "ganador", etc. Ahora bien; la juventud sigue identificándose más en algunos músicos y cantantes que en Bernard Tapie, modelo del ejecutivo triunfador francés.

Cuando un acontecimiento, una decisión les afecta al chocarles, se advierte pronto que su grupo reacciona de una forma específica e inesperada: desde luego, se conforman, e incluso demuestran "buen gusto, buenos modales", pero la apariencia engaña; lo que les constituye, sus referencias, sus esperanzas, sus aspiraciones se articulan a otra cosa que lo que quisiéramos creer... para tranquilizarnos. ¿Es que se puede explicar esta actitud ambigua pero fundamental? Se pueden sugerir tres vías de explicación a discutir y completar.

1.3. No hace falta subrayar el hecho de que las vías anunciadas lo son en concepto de hipótesis: Se puede someter a prueba la coherencia de las mismas, sobre todo al aceptar el hecho de que, al hacerlo, descubrimos algo así como unos signos de aquella sociedad posindustrial que debe surgir de la mutación. La verificación de estas hipótesis, por aplicación del criterio de Karl Popper, resulta desde luego menos fácil.

1.3.1. La primera hipótesis ha sido emitida por algunos sociólogos y se dirige finalmente a los filósofos. El concepto de tiempo entre los jóvenes se habría modificado en comparación con el de los jóvenes que les precedieron: para ellos, el futuro ya no es un progreso lineal que se deri-

varía inexorablemente de la evolución, como lo pensaban los autores del siglo XIX así como todos aquellos que construyeron la sociedad industrial. Para esta gente era —casi visceralmente— evidente que la evolución hacia una mayor complejidad mejor dominada por las ciencias y las técnicas (véase el positivismo) sólo podía acercarnos a un mejor estado económico (vencer la escasez) o sociopolítico (una sociedad más justa y más fraternal o también realmente pacífica). El futuro viene, pues, trazado y se definen unos objetivos en torno a los cuales se puede con relativa facilidad granjearse los entusiasmos.

Hoy en día, se han alcanzado algunos de estos objetivos: la abundancia, desde el punto de vista económico (discurrimos en el marco de los países industrializados), una mayor justicia social por mediación del Estado Providencia y de la seguridad social, el establecimiento y la supervivencia de las democracias, las cuales, al menos formalmente, aseguran globalmente el respeto de los derechos humanos. Desde luego sobrevino la crisis que puede hacer peligrar las ventajas adquiridas; sin embargo, quienes vivieron su infancia en este marco las consideran normales. ¿Qué hacer además? ¿Por qué militar? Sin duda alguna, no todo es perfecto, pero el éxito indiscutible de la sociedad industrial ha creado hábitos, en particular de consumerismo, que van borrando unos objetivos más desinteresados, menos "materiales". Insidiosamente, esta situación de los "golden sixties" ha escamoteado el futuro; y cuando sobreviene la crisis, la cual no puede sino poner en tela de juicio las ventajas adquiridas que se creían irreversibles, la reacción llega a ser "normalmente" defensiva y protectora: el futuro inexistente, el más allá de lo cotidiano ya no justifican un compromiso que las dificultades y amenazas actuales hacen cada vez más aleatorio y arriesgado. No hace mucho, se hablaba de la dinámica de lo provisional, pero la dinámica se ha bloqueado ampliamente y el pasado reciente parece tan alejado que ya no sirve para facilitar soluciones, actitudes, posiciones... a no ser que se le resucite en forma de mitos, esencialmente simplistas y tranquilizadores (véanse las sectas...).

1.3.2. No podemos escondernos el que los jóvenes de hoy tienen miedo y, por lo tanto, tienden a rechazar discursos, consejos, experiencias de los cuales perciben fácilmente el carácter obsoleto, desfasado, caduco. Ya el mundo industrial nacido de la guerra de 1940-1945 y de la reconstrucción es un mundo duro, despiadado, cínico. Los actuales adultos de más de cuarenta años han sido educados y formados en un ambiente difícil y aprendieron a luchar, obraron en pro y consiguieron construir un mundo mejor; pero éste lo hicieron sus actores a imagen y semejanza suya. Todo ocurrió como si los adultos así formados sin blanduras se hubiesen concedido algo así como una especie de compensa-

La nueva rebelión de los jóvenes

ción por lo que no tuvieron en su juventud: dieron a sus hijos el tren eléctrico del cual soñaron y que hoy, merced a sus acciones, pueden ofrecer a sus retoños.

Estos se criaron en una abundancia, una ausencia de preocupaciones fundamentales que les parecen "naturales". Al ingresar en la vida profesional o en un compromiso adulto, en un contexto de crisis relativamente dramático, descubren que tienen que vivir y actuar en un mundo extremadamente duro para el cual no recibieron ninguna preparación. Se sienten desprovistos, vulnerables, hasta perdidos, más aún cuando esta sociedad industrial llamada madura se ha vuelto "anómica" en el sentido definido por Emile Durkheim. No sólo la conciencia colectiva ya no define modos de hacer, de pensar, de sentir susceptibles de orientar los comportamientos, sino que además, suponiendo que lo hiciera, los comunica en una longitud de onda anticuada, que se ha vuelto, bien incomprensible, bien totalmente neutralizada por los ruidos, las furias, los rumores, las intoxicaciones de los medios de comunicación. Privada de futuro hacia el cual no quiere ingresar, con el pasado ahora desfasado o incomprensible, la juventud tiene miedo ante un presente que siente como extremadamente peligroso e inaceptable.

1.3.3. Se suele a menudo dejar de lado una tercera hipótesis: aunque poco comprobada aún, podría resultar interesante para intentar explicar los actuales rechazos y ambigüedades de la juventud. No se advirtió lo suficiente el que están alcanzando la edad adulta los primeros seres humanos que han sido conformados (moldeados) desde la edad de los cinco años por la TV y accesoriamente por el cine. Se observa entre unos estudiantes a quienes se plantea en un seminario un problema de economía o de sociología: encuentran rápidamente la solución, porque la "ven". Cuando se les pide explicitar cómo lo consiguieron (el camino, el método), [se reciben unos argumentos que se parecen mucho a la apuesta triple gemela en desorden! Estos jóvenes parecen, pues, proceder por una especie de "fundido-encadenado" de imágenes más que según el rigor bien ordenado de nuestros viejos métodos deductivo y/o inductivo centrados en lo escrito y la retórica. Al tiempo que siguen siendo racionales —si no, ya no serían unos seres humanos dotados de conciencia y de libertad— son mucho menos racionalistas y utilizan otras muchas facultades de conocimiento que la única razón "razonante". Se percibe de inmediato el desfase ineluctable de discursos racionalistas propinados a unos auditores o receptores que lo son cada vez menos: los educadores y los profesores perciben este desfase, sin detectar quizá las causas y el alcance del mismo ¡mientras que en este campo científicos, matemáticos, filósofos y teólogos permanecen imperturbables! El resul-

tado es que todo sistema propuesto suscita desconfianza e incomprensión.

II. Cambios de valores

Si estas hipótesis tienen alguna pertinencia, aunque no se hayan comprobado adecuadamente por falta de estudios y de medios para hacerlo, se puede intentar a partir de ellas especificar el cambio de valores que acompaña toda mutación y que se expresa probablemente en las aspiraciones ambiguas que manifiestan principalmente, aunque no únicamente, los jóvenes de nuestras sociedades industriales maduras encaminándose hacia lo "postindustrial".

2.1. Se objetará, sin duda, que no resulta muy indicado el pretender interpretar por medio de unos esquemas que siguen siendo fundamentalmente racionalistas, ya sean científicos o metacientíficos, lo que es esencialmente del orden de lo vivido, de lo sentido y lo experimentado y lo que se presta mejor a ver —y oír— en el lenguaje de la poesía y de la música, incluso de la danza y del tebeo. Puede ser objeto de discusión, pero la ciencia resulta de la inteligencia humana deseosa de separar y explicar las relaciones observadas entre fenómenos: sus exigencias de método y de rigor, su carácter operacional, su afán de coherencia persisten. Por otra parte todo mito, así como toda utopía, a riesgo de perder en ello su hondura creadora, se transforma siempre en doctrina, filosófica y/o teológica, por la aplicación del logos y del discurso lógicamente articulado. No resulta, pues, ocioso el preguntarse acerca de los valores.

Que se nos permita ser un tanto didáctico. El concepto de valor designa a todo lo que es estimable, digno de ser perseguido, porque deseable. Expresa en términos evidentemente abstractos a la vez todo lo que se pretende mediante la acción (finalidad sin la cual no es posible definir objetivos, ordenar medios o apreciar sujeciones) y lo que sirve, como referencia, de criterio para enjuiciar... y valorar. Como tal, el valor manifiesta las consecuencias para la acción de una visión global del hombre y del universo. Estas estructuran una ética y provocan un compromiso. En la medida en que son plurales, los valores constituyen una jerarquía: tantas jerarquías de valores como concepciones globales de la realidad. Como las doctrinas a las cuales se articulan, los valores se explicitan, proponen, analizan al nivel de la persona y de su compromiso en libertad y conciencia: de ahí el pluralismo y la tolerancia actuales que consideran al librepensamiento y a la expresión como unos derechos humanos, prerrogativas del ser humano intransmisibles, inalienables y sobre todo oponibles a cualquiera, en particular a la Sociedad y a la socie-

La nueva rebelión de los jóvenes

dad organizada por los poderes públicos según un esquema de autoridad y obediencia (Estado o poderes públicos).

Sin embargo, esta sociedad y su organización sólo pueden subsistir y desempeñar sus cometidos específicos si se apoyan en un determinado número de valores sociales a propósito del cual se manifiesta un consenso cierto de los ciudadanos o de los individuos asociados para realizar un bien societario que es más que la suma de los intereses particulares. El enunciado de estos valores sociales es evidentemente la resultante de la evolución sociocultural: en este sentido recogen unos valores sacados a la luz por unas filosofías y unas religiones. Así es como en los estratos de la cultura europea se localizan con relativa facilidad los valores arcaicos (el hombre llamado primitivo), los valores del pensamiento grecorromano, los del cristianismo, y finalmente los de un renacimiento secularizado que antepone la famosa tríada Razón-Naturaleza-Felicidad (filosofía Ilustrada).

Porque se está viviendo precisamente una mutación, se presta el mayor interés en los últimos años a la Revolución industrial que hizo pasar a Europa, y luego al mundo, del Antiguo Régimen a una sociedad definida a partir de los valores y exigencias económicos. Karl Marx, Max Weber y Talcott Parsons y sus epígonos nos permiten describir los valores de la sociedad industrial: en la medida en que se hubiesen englobado en el "Nunca más esto", se puede reconstruir, por una especie de contraste, la nueva jerarquía que se trasluciría en las actuales aspiraciones.

2.2. Los valores de la sociedad tienen, según parece, una doble fuente: una es política y se articula en torno al antiabsolutismo, que ve en el hombre y el pueblo el origen y el fundamento del poder. Protesta del individuo contra la arbitrariedad injustificada de los Príncipes, lugartenientes de Dios o de la Razón, los valores intentan expresarse en las libertades individuales y en el triple símbolo de la Revolución francesa. Libertad-Igualdad-Fraternidad. Pero como la Revolución francesa sólo es el epifenómeno de una mutación más profunda que da origen a la sociedad industrial, la fuente política encubre la fuente económica: sigue apareciendo el individuo, pero se trata del individuo como sujeto económico, primero productor y luego consumidor. Dos valores centrales aparecen claramente: el orden y el trabajo. Se añadiría el valor o concepto de Riqueza, en el sentido fisiocrático y smithiano del término.

No procede aquí explicitar detenidamente estos dos valores. El orden como valor subtiende las ideas de equilibrio, de mano invisible, e incluso de óptimo: impone la preocupación de la jerarquía social a respetar, explica el jacobismo político y da cuenta de las virtudes y de los vicios descritos por ejemplo por la inmejorable condesa de Segur. Tiene cabida

fácilmente la afirmación de una libertad formal y de una igualdad *a priori* de los individuos (véase de Tocqueville).

En cuanto al Trabajo, se sabe perfectamente que la Revolución industrial se hace en y a través de la implementación de la división del trabajo, la cual dará origen a la empresa, la inversión, y en la acumulación del capital. Se enganchan las "virtudes" de valor (entereza), de economía, de ahorro. Cualquiera que sea su nivel, el hombre se define por su aportación en trabajo (véase el valor trabajo de Ricardo y Marx) y sólo se tiene en consideración (sólo tiene *status*) si es productor. Al perder su trabajo lo pierde todo: ingresos, cometido, consideración, etc.; esto se manifiesta todavía en la actualidad entre los parados. Se le reprocha de no actuar honradamente (véanse los malthusianos —pero no Malthus). Sólo se está considerado como un hombre de bien si se trabaja y si se es un buen padre de familia. Se puede relacionar con este valor la importancia de la propiedad, etc...

2.3. ¿Unos nuevos valores?

Los valores que se puede llamar tradicionales, en la medida en que apuntalaron o indujeron los comportamientos y actitudes individuales de los últimos doscientos años, establecieron una sociedad en la cual el hombre sólo existe por una parte de sí mismo, la de productor, y en la cual las relaciones societarias se plasmaron en relaciones de cometido a cometido en el marco de una jerarquía que no se puede cambiar, en la cual las desigualdades se han hecho más profundas y en la cual los conflictos se resuelven mediante la fuerza y la violencia. Es quizá lo que encubre el "esto" del grito simbólico de los jóvenes de diciembre, sin ir más allá en el cuestionamiento de la coherencia del sistema industrial. Como en 1968, la sociedad industrial se condena más por sus consecuencias cotidianas, más duramente sentidas durante una crisis que este sistema ya no consigue entender ni, *a fortiori*, resolver. El sistema se vuelve, pues, anómico y no consigue defender sus valores específicos.

Sin embargo, es bastante notable el que, hoy en día, otros valores aparecen como más obvios y caben bastante bien en la protesta larvada actualmente sentida. Sin duda no sería correcto defender sistemáticamente lo opuesto o la antítesis de los valores tradicionales presentados, defendidos y hasta acentuados por los partidarios y los defensores del sistema amenazado en vías de obsolescencia. Pero queda claro que si se pretende encontrar un medio para unificar y hacer más coherentes las aspiraciones detectadas entre los jóvenes y también entre algunos precursores, se advierte bastante pronto que va apareciendo cada vez más

La nueva rebelión de los jóvenes

claramente otra jerarquía de valores. Señalemos al mismo tiempo que tal manifestación la hizo posible la evolución de la sociedad industrial en términos de abundancia (económica) y de comunicación de las informaciones.

Sin entrar aquí en los detalles de elaboración, se puede someter a discusión el siguiente esquema.

Se produjo un deslizamiento en el seno de los valores, en particular el de orden, el cual connota las ideas de jerarquía, de presión, de ortodoxia teórica o práctica, de referencia a un más allá que se impone. En este sentido, se podría decir que el valor central que parece surgir de los comportamientos, actitudes y referencias contemporáneas es el de autonomía. Está ligado a una idea o a una estructura de libertad, definida como capacidad de autodeterminación característica del ser humano; no desprecia los determinismos o las sujeciones éticas, sociales y jurídicas. Pretende afirmar que todo ser humano, como tal y porque es un ser humano, está llamado a decidir por sí mismo y a darse su propia ley (autos-nomos), no tanto en cada elección cotidiana, en la cual sigue acatando los determinismos, las obligaciones y las reglas, sino al menos una vez en su vida de hombre en una experiencia fundamental, ya sea por otra parte acertada o poco afortunada. El hombre, y cualquier hombre, presiente que al hacerlo se está realizando plenamente y que es a través de tal mediación que puede alcanzar la felicidad. Hay que señalar que se trata aquí de un ahondamiento real de la concepción del destino humano; se relacionarán con la misma unas expresiones inmediatas: el rechazo del totalitarismo o dominio del hombre sobre el hombre y la preocupación —e incluso a veces, la pasión— por los derechos humanos, los derechos de todo hombre y de todo el hombre, oponibles a cualquiera.

La afirmación de este valor central que considera, no al hombre íntegro (cuidado con las consonancias de las palabras-integrismo) sino al hombre total que desea realizarse por sí mismo, antepone la importancia, en el análisis de la sociedad, del subsistema cultural en el cual la cultura designa al conjunto de los medios puestos a disposición de los hombres que les permiten situarse *por sí mismos*, y por lo tanto entender y actuar *por sí mismos*, en el mundo real e imaginario que contribuyen a crear.

La aspiración a la autonomía es efectivamente un valor central puesto que permite comprender los demás valores que el observador no puede dejar de notar, el tiempo elegido, es decir, aquel durante el cual uno decide por sí mismo dedicarse, incluso a costa de unos sacrificios a veces importantes, a una actividad libremente aceptada, ya sea económica (trabajo no mercantil o clandestino), lúdica (importancia de los *hob-*

bies) o relacional, en oposición al trabajo impuesto y definido por otro quien ejerce a menudo un poder, es decir, una superioridad cada vez menos tolerada. El culto de la diferencia, que trae aparejado la tolerancia, refleja hoy en día la vieja idea de igualdad y tiende a expresarse, por ejemplo, en una política que procura crear las condiciones reales de una igualdad de oportunidades. La convivencia, definida o profundizada según Illitch, quien desea unas relaciones que, sin ser intersubjetivas en el sentido estricto, es decir, suponiendo un libre reconocimiento del prójimo en su especificidad como centro del mundo a costa de una negación cierta de la afirmación de uno mismo "contra viento y marea", quieren superar las relaciones parciales, frías y estereotipadas que conoce nuestro sistema actual al poner etiquetas y encerrar a cada uno en su papel, la mayoría de las veces profesional. ¿Superar en qué sentido? Se procura encontrar al hombre como vivo, como único, como soporte de ideas, de deseos, de aspiraciones originales.

Se podría desarrollar ampliamente este análisis: que nos permite hacer hincapié en dos características importantes del mismo. Por una parte, permite estructurar e incluir cierta coherencia, o mejor dicho una coherencia cierta en las aspiraciones ambiguas anteriormente descritas. Por otra parte, manifiesta una oposición, o si se quiere, una novedad bastante radical: el trabajo impuesto, reglamentado, definido como una organización rigurosa de objetos o cosas, ya no es la referencia a partir de la cual se acepta construir una vida de hombres, esto pone en tela de juicio el sistema industrial de manera más fundamental que las crisis económicas y/o sociales. El trabajo aparece más como una obligación que como una finalidad movilizadora. Por otra parte, se antepone todo lo que permite al hombre ser él mismo en su especificidad irreductible y en su originalidad: se encuentran múltiples manifestaciones en el universo comunicacional que algunos intentan regentar, en lo que se llama la permisividad o también en la preocupación por los marginados, los más pobres, en pocas palabras, por los demás.

III. El enfoque cristiano

Es quizá el capítulo más difícil de presentar. La aceptación lúcida, consciente y libre del Evangelio como interpelación y palabra de Dios, la fidelidad a Iglesia y a nuestras propias tradiciones pueden muy bien bloquearnos en una especie de actitud reverente, humilde, y hasta timorata que nos hace temer la infidelidad a nuestro compromiso.

Por otra parte, no conseguiré explicitar y formalizar mi discurso tan bien como lo puedo hacer como sociólogo y filósofo.

La nueva rebelión de los jóvenes

Sin embargo, considero que un análisis científico, o una reflexión metacientífica, debidamente criticado a nivel de sus presupuestos, de sus métodos y de sus procesos, debe ser interpretado (en el sentido de Paul Ricoeur), si queremos sacar algunas consecuencias "políticas" del mismo (en el sentido de una acción plural, colectiva y concertada). Ahora bien, esta interpretación se basa en una visión global de la realidad en todas sus formas: a través de ella, sitúo al hombre y sus relaciones consigo mismo, el entorno, la sociedad, el prójimo y, finalmente, Dios, que es toda Trascendencia. Indiquemos algunos jalones, o mejor dicho algunos puntos de referencia de esta aproximación.

3.1. No hay que olvidar el hecho de que el referendo de este análisis es el don de Dios en el Espíritu. En este sentido, es en cierto modo inmutable y sólo soy el servidor de la Palabra. Sin embargo, soy yo quien lo recibe, lo oye y lo expresa a través de los elementos psicológicos y socioculturales que condicionan mi ser —en el mundo— con el prójimo en el tiempo de la historia, de la cual soy el heredero y el constructor. Mi lectura de los fenómenos actuales se encuentra por lo tanto orientada por la elección libre de esta referencia: a lo cual se añaden unas preocupaciones sociopolíticas indiscutibles que determinan mi papel y mi *status* de científico.

Incluso a nivel de la lectura y del análisis de los hechos observados, varias lecturas son posibles. Se inscriben en un *continuum* cuyos términos extremos son la referencia, bien a un pasado establecido, cierto y sin duda mitificado, bien a un futuro aleatorio, incierto y naturalmente utópico. Como todo "buen" intelectual, se puede también buscar el centro y el núcleo en una multitud de matices, en los cuales el "sí" y el "no" se ocultan en el "pero".

3.2. A lo cual se añade una toma de posición política en el sentido amplio, pero que se encuentra en las elecciones sociopolíticas concernientes a una sociedad organizada según un esquema de autoridad y de obediencia (política en el sentido estricto). Conviene darse cuenta primero de que la sociedad está en trance de rebasar el umbral de compatibilidad de sus estructuras. Se puede uno interrogar acerca de las "causas", las tendencias de peso, los acontecimientos, las decisiones que han conducido a la situación presente; en este sentido, la Iglesia, como grupo eclesial organizado, tuvo unas influencias positivas y otras negativas.

Por otra parte, esa misma Iglesia, como todos los grupos, todas las estructuras, todos los modos de pensar, está puesta en tela de juicio por la mutación societaria. En lugar de preguntarnos —lo que me parece desembocar en un callejón sin salida— si la Iglesia, la Jerarquía, el sacer-

dicio, el pueblo cristiano ha sido infiel y contribuyó a la secularización, a la anomia, a la permisividad, etc., de nuestra sociedad, más vale, mirándolo bien, considerar el cambio como relativamente exógeno y aceptar la interpretación. Dos actitudes —y por lo tanto dos elecciones políticas— son posibles y conviene valorarlas con lucidez: o se pretende “restaurar” un pasado mejor ordenado, más coherente, más disciplinado, mejor organizado, incluso, sobre todo jurídicamente, en resumen más en consonancia con la idea de una cristiandad eventualmente conquistadora. O se acepta acompañar la evolución, construir el futuro sin privilegios ni presunción, captar e interpretar los signos de los tiempos, aunque sorprendentes, buscar y reconocer en las ambigüedades del hervidero actual las manifestaciones a veces incongruentes del propio espíritu.

Desde luego, la elección entre la restauración y la reordenación (disciplina, identidad cristiana...) por una parte, y el acompañar y el discernir en lo imprevisto y lo inaudito (en el sentido etimológico de nunca oído hasta la fecha), tiene sus referencias espirituales respetables: no deja de ser sin embargo una elección política que debe hacer todo grupo enfrentado a una mutación, y aquí también la tentación del “centrismo” es desastrosa. La promoción de la justicia y de la solidaridad, la preocupación preferente por el más pobre en nombre de la preferencia que Dios nos revela en Jesucristo sigue siendo incompatible con la defensa del *stablishment*, del orden establecido... o de la cristiandad.

3.3. Si se opta por una utopía en la lectura de los acontecimientos, si se elige —con plena conciencia y libertad— el camino del acompañar y del discernir, sin preocuparse por bautizar o cristianizar lo que adviene, sino por aclarar y esclarecer a través del Evangelio lo que ocurre, se llegan a entender con una relativa facilidad los rechazos contemporáneos de las desigualdades, de las injusticias, del poder, de la violencia, de la opresión en todas sus formas, de la reducción del hombre concebido y únicamente reconocido como un ser economificado.

Por otra parte, por ambiguas que sean y con la condición de que un análisis serio compruebe sus fundamentos, la nueva jerarquía de los valores centrada en la autonomía, la persona, la intersubjetividad no se aleja tanto del Evangelio y de la tradición eclesial (no he dicho eclesiástica). La discusión permitiría profundizar este extremo.